

# Miró en Mont-roig

**E**n Mont-roig del Camp (Baix Camp) han tenido el acierto de dedicar un lugar de culto a la memoria plástica de Joan Miró. Aquí descubrió desde joven la fuerza telúrica de la Catalunya que fue romana y también musulmana, la fuerza de las raíces de una tierra labrada por la paciente obstinación del hombre en simbiosis con el animal y arada –o peinada– quizá también por las invisibles corrientes magnéticas que alían las piedras con los vientos, cuyo príncipe es aquí el mistral.

En junio de 1916, mientras hay guerra en los frentes de la Europa continental, el joven Miró escribe desde el mas familiar de Mont-roig a su amigo E.-C. Ricart (lo traduzco): “He venido algunos días para vivir con el paisaje, comulgar con esta luz azul y dorada de los trigos y ennoblecerme con esta visión. ¡Cómo nos ennoblece el paisaje! Viviendo aquí, siento un gran amor por todas las cosas. Amo a un bichejo, a una hierbecita cualquiera; no puedo imaginar-

me todos los desastres de los hombres. Nos hacemos más fuertes en nuestro camino y nuestra nueva vida en la ciudad, después de una estancia en el campo, más fuertes y más sanos”.

Miró se compenetra con la tierra labrada, con el huerto, con su masía, pero también con esta tierra todavía en estado salvaje de la montaña media de Mont-roig en que siglos atrás alguien encaramó el impactante cubículo de la ermita de Sant Ramon, sobre el santuario de la Mare de Déu de la Roca. Esta sorprendente ermita cúbica fue pintada por Miró en 1916 desde el último tramo del camino que sube desde el pueblo. Es una tela que me parece que el joven Miró debía pintar en el mismo estado de éxtasis que sugieren aquellos versos de Rilke: “Arrobo sin fin que fuiste mi maestro. / Hasta el fin yo te habré imitado”.

La sola percepción es ya acción, en este Miró de Mont-roig. Con la mente en silencio, como practican en Oriente, el artista se sobrepone a todas las contingencias

temporales y, completamente absorbido por la vivencia de la totalidad, recrea en el óleo la continuidad del universo. Y aunque las telas del Miró de Mont-roig son analíticas y exploran los volúmenes, a la Cézanne, su vivencia de la realidad es tan intensa que en ellas el

---

CON LA MENTE EN

---

silencio, como

---

practican en Oriente, el

---

artista se sobrepone a

---

todas las contingencias

---

analizador y lo analizado se revelan como una misma cosa.

En su pintura de la ermita de Sant Ramon, Miró estructura el caos de la materia informe con el ojo puesto en esta extraña piedra cúbica que lo preside todo desde las alturas. Y es como si captara plásticamente unas líneas de fuer-

za que cohesionan una tierra magnetizada. Este cubículo suspendido sobre el vacío, obra a la que puede suponerse un origen templario, evoca tal vez el Debir o Sancta Sanctorum del Templo de Jerusalén, la cámara más sagrada del Tabernáculo, en el que se guardaba el Arca de la Alianza con las tablas de la Torah. El Debir presentaba una forma cúbica perfecta y cada uno de sus lados medía exactamente veinte codos, o sea unos cuarenta palmos, ocho metros. En el *Apocalipsis*, san Juan describe también en forma cúbica la Jerusalén Celeste.

Miró le dijo al productor y realizador de la película *D'un roig en-cès: Miró i Mont-roig* (1979) y alma del muy bien puesto Centre Miró de Mont-roig que “la ermita de la Mare de Déu de la Roca siempre ha sido un gran impacto para mí. Aquel color rojo avinagrado que dio nombre al pueblo...”. Y en conversación con Georges Raillard: “En Mont-roig lo que me nutre es la fuerza. La fuerza”.●